

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et iustitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

SUEÑOS DE UN DEMÓCRATA.

Si nuestros lectores quieren solazarse un rato, pasen la vista por las siguientes líneas tomadas de una carta que el Sr. Castelar escribió desde París el 26 de Agosto a La Tribuna de Montevideo, dándole cuenta de los sucesos que entonces ocurrían en España.

Queríamos saber a razón de cuánto por línea cobra el escritor democrata por esa *verídica historia* que, con patriotismo propiamente revolucionario, forja en el vecino imperio y envía a las repúblicas hispano-americanas, sin duda para que estas depongán sus prevenciones con la antigua metrópoli.

Dice así el ex-director de La Democracia:

«Una insurrección ha estallado en Cataluña. Desde que tal nueva atravesó el Pirineo, los políticos de todos colores y matices se preocupan exclusivamente de las consecuencias y de los resultados que puede traer a la política europea una revolución triunfante en España.

Y es porque, no obstante su larga decadencia, todavía es mi patria de aquellas naciones cuyo esfuerzo puede torcer la corriente de las ideas y de los tiempos.

Su iniciativa ha sido, en trances supremos de la vida moderna, verdaderamente salvadora.

Cuando Europa entera bajaba la cerviz a Napoleón, España sola protestaba contra aquel régimen de tiranía y de conquista.

Cuando Europa entera callaba, oprimida por la Santa Alianza de los tiranos, España sola rompía el estúpido silencio de los pueblos.

Hoy estamos en un período bien singular y bien crítico de la historia.

Los gobiernos europeos, no pudiendo vencer la revolución, se han puesto a su cabeza, engañando las invencibles aspiraciones hacia la libertad con aumentos territoriales.

Victor Manuel ha impuesto con tales manejos el estrecho Estatuto de Saboya a la república italiana. Bismarck, con la misma política, ha convertido los fieros demócratas de Alemania en cortesanos de Rusia.

La revolución ha tenido meramente un carácter oficial en estos días últimos de nuestra historia contemporánea.

Por primera vez brilla como un rayo en noche oscura la revolución que proviene de la iniciativa del pueblo.

Por vez primera, después de mucho tiempo, se levanta una grande y poderosa nación, no por el aumento de su territorio, sino por el aumento de su libertad.

Poner la revolución española bien lejos de los dos escollos en que puede estrellarse, a saber, el aumento de territorio bajo una monarquía que mate la igualdad democrática, o la dictadura militar que mate la libertad individual; ponerla bien lejos de ambos escollos, seguramente es uno de los más importantes deberes de todos los buenos patriotas.

Pero antes de hablar de los resultados probables, hablemos de los medios eficaces.

Antes de hablar de las soluciones de la revolución, hablemos de sus procedimientos.

La base de la revolución ha cambiado por completo dentro de España también.

Antes comenzaban las revoluciones por la iniciativa del ejército, y ahora comienzan por la iniciativa del pueblo.

Ya no es un cuartel quien se levanta, es todo un territorio.

Ya no son soldados los que reclaman su libertad, son aquellos fuertes montañeses del Pirineo, célebres en todos tiempos por su valor en la pelea y su paciencia en el sacrificio, puestos allí por Dios como para guardar las sagradas puertas de la patria.

Las provincias fronterizas de Francia están todas en armas.

Por las montañas de Jaca ha entrado el valiente general Pierrad, a quien todos los carabineros se han unido.

Le acompaña el coronel Moriones, uno de los jóvenes más entendidos y más valientes del ejército liberal.

Por el valle de Aran, fronterizo entre Aragón y Cataluña, ha entrado el general Contreras. Treinta y un pueblos han seguido sus banderas y le han improvisado casi una legión popular con la cual se encamina hacia la llanura.

Por el Ampurdán, que es una riquísima comarca catalana, entra Milán del Bosch seguido de muchos voluntarios.

Entre Lérida y Tarragona, en los desfiladeros del Valls, se encuentra Laguerro, que lleva tras de sus banderas la mas entusiasta y mas decidida juventud de todas estas provincias.

El general Prim se ha levantado en el centro de Cataluña, al cual deben ir convergiendo todos estos movimientos patrióticos, todos estos hilos del impulso torrencial que inundará España.

El Gobierno se ha encontrado muy sorprendido.

El terror ha sido grande.

Se han dado las órdenes oportunas para estar toda la corte agrupada a un próximo viaje a Gijón. Mientras tanto, los apuros de las autoridades crecían con la presencia del Rey de Portugal en Madrid.

El Gobierno necesitaba disponer de tropas y no podía, porque iba a presentarlas en una gran revista.

Tenia que declarar Madrid en estado de sitio, y no podía, por respeto a las consideraciones debidas a sus ilustres huéspedes.

Hasta ahora sólo ha resultado, que sepamos, un encuentro, y este favorable a los defensores de la libertad.

En el momento mismo de salir, se encontraron el coronel Laguerro y sus parciales enfrente del batallón que guarnecía a Reus.

Nutridas descargas se cambiaron entre ambas fuerzas con verdadero empeño, hasta que las tropas se replegaron a la ciudad y los revolucionarios siguieron libremente su marcha por los campos.

Estas son hoy en su conjunto las noticias relativas a la insurrección.

Naturalmente Vd. deseará saber el resultado.»

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

REAL DECRETO.

En vista de las razones que me ha expuesto mi ministro de Gracia y Justicia, de acuerdo con el

Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Desde el día 1.º de Enero de 1868 quedan reducidos a las cantidades que expresa la adjunta relación los servicios públicos a que la misma se refiere.

Art. 2.º Desde el citado día los registradores de la propiedad cuyos honorarios den un producto mayor que los sueldos de los jueces de primera instancia a quienes estuvieren equiparados para el goce de derechos pasivos, entregarán al Tesoro público un 35 por 100 del exceso que resulte entre la cantidad a que asciende el total de los honorarios devengados y el haber señalado a los indicados jueces, sin perjuicio de la imposición establecida sobre este servicio por la ley actual de presupuestos.

Art. 3.º El ministro de Gracia y Justicia dictará las disposiciones que sean necesarias para el cumplimiento de este decreto, del cual se dará cuenta a las Cortes.

Dado en Palacio a seis de Diciembre de mil ochocientos sesenta y siete.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Gracia y Justicia, Joaquín de Roncali.

Segue la relación de las bajas que han de hacerse en varios servicios comprendidos en el presupuesto del ministerio de Gracia y Justicia para el año de 1868-69, y que en virtud de Real decreto de esta fecha empezarán a tener efecto en el ejercicio corriente desde 1.º de Enero próximo.

REAL ORDEN.

Ilmo. Sr.: Enterada la Reina (Q. D. G.) de lo manifestado por V. I. acerca de la conveniencia de reformar la clasificación provisional de los registros hipotecarios que se hizo en el Real orden de 28 de Junio de 1867, verificándose otra que esté en armonía con lo establecido en el Real decreto de esta fecha, el cual determina la parte de honorarios que deben entregar al Tesoro público los registradores de la propiedad, y conformándose con lo propuesto por V. I., se ha servido resolver:

1.º Con arreglo a lo prevenido en el art. 260 del reglamento para la ejecución de la ley Hipotecaria, los registros de la propiedad continuarán divididos en cuatro clases.

Corresponden a la primera los de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Granada, Zaragoza, Málaga, Murcia, Lérida y Jerez de la Frontera.

A la segunda todos los demás situados en cabezas de partido cuyo juzgado de primera instancia sea de término.

A la tercera los establecidos en poblaciones que sean capital del juzgado de asenso.

Y a la cuarta los que radiquen en capital de juzgado de entrada, el de Ceuta y los correspondientes a partidos cuyos juzgados de primera instancia han sido suprimidos.

2.º Se reservan a los registradores que en la actualidad sirven registro que en virtud de la anterior disposición pasa a categoría inferior de la que tenía, los derechos adquiridos para los efectos de la ley hipotecaria y su reglamento, del Real decreto de 31 de Mayo de 1861 y del expedido con esta fecha sobre entrega de parte de honorarios al Tesoro público.

3.º El importe de las fianzas que deben prestar los registradores será el determinado en el Real orden de 28 de Junio de 1867.

Lo que de Real orden comunico a V. I. muchos años, Madrid, 6 de Diciembre de 1867.—Roncali.—Señor subsecretario de este ministerio.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Por conducto extraordinario se recibieron anoche los importantes telegramas siguientes:

París 5.—El ministro de Estado ha declarado hoy en el Cuerpo legislativo, que la Francia propondrá al Papa su poder temporal y todo el territorio que posee actualmente Su Santidad.

Florenza 5.—El general Menabrea ha expuesto ante el Parlamento las circunstancias en que fué llamado a formar Gabinete, y los sucesos ocurridos desde entonces. Manifestó las condiciones en que Italia se hallaba enfrente de la Francia, y las escasas fuerzas de que se podía disponer; recordó lo proclamado del Rey, y que el arresto de Garibaldi fué un acto legal y de conveniencia política; indica que la retirada de las tropas italianas fué para no dar pretexto a que la Francia enviara nuevos refuerzos; dio cuenta del decreto de amnistía amplia a todos los que tomaron parte en la invasión de los Estados Pontificios.

Hablando de Roma, dijo que a ella tendían todos los italianos; pero que siendo además Sede del Pontificado, no se podía obtener la posesión por la violencia, sino por medios morales, recordando con este motivo las palabras de Cavour, de que es preciso ir a Roma de acuerdo con Francia. Terminado el discurso, acogido con aplausos de los amigos y rumores de los adversarios, varios diputados de la izquierda anunciaron una interposición sobre la conducta del Gobierno frente a las Potencias, acusándole por el arresto de Garibaldi.

Las noticias que se han recibido de Italia dicen que si el Gobierno italiano encuentra enérgica oposición en las Cámaras, respecto a la cuestión italiana, como parece haber empezado ya a manifestarse ayer, no titubeará en realizar el golpe de Estado que se cree está en su intención, empezando por disolver las Cámaras. De este modo conseguirá conservar sus buenas relaciones con Francia.

Ayer ha debido procederse en la Cámara de Diputados de Florenza a la elección de presidente. Sabido es que el candidato ministerial era Lanza y Rattazzi el de oposición.

La noticia que nos trajo el telégrafo sobre temores de trastornos en Nápoles, se halla hasta cierto punto confirmada en algunos periódicos de París, en los cuales leemos que la agitación revolucionaria hacia grandes progresos en el antiguo reino de Nápoles y Sicilia.

No se trata por supuesto, de conspiraciones borbónicas, sino de un movimiento republicano que se creía próximo a estallar.

Son graves las últimas noticias relativas a París. Al paso que siguen disminuyendo las probabilidades de la reunión de la conferencia, lo cual ciertamente no importa mucho, se asegura que la situación de Italia, sobre todo en la parte de

Nápoles, es tal que a ella se deja la solución de las grandes dificultades que presenta la cuestión romana.

Entretanto, hé aquí el sentido de otras correspondencias, dando a entender la posibilidad de una dictadura.

«Los amigos de la revolución italiana que frecuentan el Palais Royal, dicen que ha fracasado su golpe contra Roma, pero que para otra vez se tomarán mejores providencias, si bien es preciso que ante todo las tropas francesas hayan evacuado el territorio romano. Garibaldi ha de eclipsarse desapareciendo momentáneamente de la escena, pues Garibaldi principalmente es quien hace ofuscar al Emperador Napoleón y le hace tomar resoluciones que contienen a los italianos.

Según los propios individuos, Italia, para alcanzar la ciudad de Roma, ha de sufrir durante algún tiempo la dictadura; si esta conduce a Roma, los amigos de la unidad italiana perdonarán al Gobierno florentino su golpe de Estado, y el Emperador Napoleón dejará también obrar en favor del espíritu revolucionario sojuzgado. Este lenguaje de los que frecuentan el Palais Royal, puede servir para indicar los consejos que se han enviado a Florenza, y las esperanzas a que dan margen.»

Un corresponsal de El Herald de Londres escribe desde Roma lo siguiente:

«Los nuevos son enviados gradualmente a las provincias; el depósito se va a establecer en Anagnino. Mr. Vavasseur, de Hazlewood, sobrino de los lordes Stourton y Chifford, Mr. Gordon, Mr. Lynch, Mr. Teeling, Mr. Geraud, y sobre otros cincuenta más, se cuentan entre los últimos voluntarios ingleses e irlandeses católicos que han llegado. El capitán Mulins va a salir por Inglaterra, a fin de apresurar la construcción del armamento. El general Kanzer ha elegido y encargado 11.000 carabinas del sistema Storn que se cargan por la culata. La nueva carabina es un adelanto sobre el Chassepot, pues que es mucho más ligera, y dispara 18 tiros en el tiempo que el Chassepot 10.»

De todas partes del mundo, lo mismo de las naciones católicas que de aquellas potencias en que la mayoría de los habitantes son protestantes, acuden socorros eficaces para la defensa del Papa.

Los periódicos de Londres hablan de los deseos manifestados por el príncipe Gortschakoff, ministro de Negocios extranjeros de Rusia, para retirarse de los negocios. Indicábase que podría ser reemplazado por el general Ignatieff, embajador en Constantinopla.

Este cambio sería tanto mas significativo, cuanto que la conducta del general Ignatieff, según dicen cartas de aquella capital, puede compararse por su arrogancia a la que en 1853 y 54 observó el príncipe de Menschikoff, conducta, que como es bien sabido, condujo a la guerra de Crimea.

De las discusiones recientes en la Cámara de los Comunes y de las declaraciones de lord Stanley, resulta que el Gobierno inglés se halla dispuesto a reconocer cuanto antes la Confederación de la Alemania del Norte.

Los periódicos italianos dicen que las condiciones puestas por el gabinete de Florenza para asistir a la conferencia eran las siguientes:

1.º Italia garantiza el mantenimiento del poder temporal durante la vida de Pío IX.

2.º Las tropas francesas se retirarán del territorio pontificio, disolviéndose la legión de Antibes.

3.º La ocupación de los Estados romanos por una división del ejército italiano, dejando intacta la autoridad temporal del Papa, es decir, observando la misma conducta que las tropas francesas.

4.º Cambio de representantes entre Roma y Florenza.

5.º Al fallecimiento del Papa actual las autoridades municipales someterán la cuestión del poder temporal al sufragio de las poblaciones, quienes decidirán si quieren o no unirse a Italia.

6.º Caso de voto negativo, se fijará un *modus vivendi*.

Este programa, enviado por el general Menabrea a las diversas potencias, ha provocado una contestación del marqués de Moustier, ministro de Negocios extranjeros francés, respuesta que también se ha comunicado a todas las potencias invitadas, quienes exigen que el gabinete italiano acepte la conferencia en los términos propuestos por el Senado francés.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 7 DE DICIEMBRE DE 1867.

RESPUESTAS.

I.

Entre las varias cartas altamente satisfactorias y aun lisonjeras que estamos recibiendo de un mes a esta parte, se nos ha dirigido una suscrita por cierto caballero, abogado de Galicia, persona de grandes virtudes y de no menos talento, pero que al parecer no vive (¡dichoso de él!) en este pícaro mundo.

Desearo de que la acción de los buenos se estienda a todas las esferas de la actividad humana, deplora en el alma las excisiones que suele haber en el seno de la prensa religioso-monárquica, y exclama con dolor tan profundo como candoroso: «¿No sería mejor que sólo hubiese un diario religioso y una sola de Revista?

La idea, como comprenderán nuestros lectores, no es original.

La idea es del Sr. Madoz con aplicación al partido progresista: hace pocos días proponía este personaje político, en un comunicado dirigido a La Epoca, que por ahora no tuviesen los progresistas más que un solo periódico. Es en efecto una manera eficazísima de cortar toda disputa, toda discordia entre hermanos: suprimir los hermanos. El sistema podría ampliarse a la humanidad entera, aun sin necesidad de suprimir la humanidad. Bastaría convertir a cada hombre en un Robinson y que para cada Robinson hubiese una isla desierta.

Nosotros, formalmente hablando, tenemos un remedio más sencillo y radical para el mal que se desea extirpar; y diremos a nuestro amigo, el abogado de Galicia, que lo mejor, a nuestro humilde juicio, no es que solo exista un diario religioso, sino que no haya ninguno.

Esta opinión no es del Sr. Madoz, sino de EL PENSAMIENTO, y está anunciada en su prospecto y deducida del sentido común. Las cosas buenas han de hacerse bien, y si no es absolutamente imposible hacer bien una cosa que se hace siempre de prisa y diariamente, es por lo menos sumamente difícil. ¿Para que exponernos sin necesidad al peligro de hacer mal una cosa buena? Suprimase la necesidad y quedan, por consiguiente, suprimidos los periódicos religiosos.

—Eso no puede ser, se nos replicará; hay periódicos de mala doctrina que andan en manos de la muchedumbre, la cual está bebiendo todos los días la ponzoña, ó aspirando miasmas deletéreos, y es necesario que todos los días reciba la triaca.

Perfectamente contestado, lector amigo. Pero si es conveniente, si es necesario que haya periódicos religiosos, y es al propio tiempo tan difícil hacer bien un periódico diario, es preciso que tengas mucha piedad, muchísima misericordia del pobre periodista, que se ve obligado por defender la causa de la Religión, a hacer todos los días lo mejor que pueda una cosa que tan difícil es hacer bien.

Al escritor religioso se le exige con justicia, entre otras condiciones de saber y de abnegación, muchísima caridad. Pero las faltas en que este escritor incurra, ¿no han de ser juzgadas también con alguna caridad por sus lectores?

El periodista es hombre, y hombre que vive en perpetua comunicación y familiaridad con el público. Pues bien: ¿a qué hombre que años y años esté viviendo en esa plaza pública de las columnas de un diario, no se le sorprende alguna vez en una de esas debilidades y flaquezas propias de la corrompida prole de Adán?

Hay caridad para escribir, pero hálzale también para juzgar a quien diariamente escribe.

¿Un solo periódico religioso? Verdaderamente que esta idea no se le ocurre más que a un hombre angelical. Demos de barato que fuese fácil y hacedero reunir todos los periódicos religiosos de Madrid y provincias en uno solo. Por parte de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL no habría la menor dificultad. A todo lo que sea desinterés, desprendimiento y sacrificio, a todo está dispuesto en bien de la causa que defiende. Creemos firmemente que otro tanto sucede a los demás periódicos católicos; creemos que lo harán con mayor abnegación y con el mérito de que nosotros carecemos. Pero ¿a qué conduce este sacrificio? A nada: absolutamente a nada.

Al día siguiente de refundidos todos los diarios en un solo diario, y todas las revistas en una sola revista, salen dos docenas de revistas y periódicos del mismo género. ¿Quién lo impide?

Pero nuestro amigo, en su buen deseo, confunde aquí inocentemente el efecto con la causa. El mal, ese mal que se lamenta, no está en que haya muchos o varios periódicos religiosos, sino en que sean muchas o varias las opiniones que en ellos se sustentan. Suprimase esta multiplicidad o variedad de pareceres y sentimientos, y se habrá suprimido la conveniencia del periódico único.

Ahora bien, ¿es tan lamentable, como generalmente se supone, esta variedad de opiniones entre los católicos?

Nosotros creemos que no: nosotros sospechamos que en este punto hay muchos que se dejan llevar de preocupaciones, y quizá, quizá de falta de fe, y aun de esa cobardía, tan común entre personas que pasan por dechado de hombres de bien.

¿Qué es eso? ¿Se oculta entre nosotros algún hereje, algún cismático, alguien que no se someta en todo y por todo al infalible juicio de la Iglesia? De ninguna manera. Gracias a Dios, todos, todos los periódicos religiosos estamos conformes en lo necesario. Nadie duda, nadie titubea, nadie deja de estar dispuesto a ceder a la menor indicación de la autoridad eclesiástica, mas aun, al consejo de un Prelado, de un docto y prudente sacerdote. Pues si esto es así; si esto podemos asegurarlo de todos cuantos periódicos católicos se publican en España, sin temor de que ninguno de ellos nos desmienta, ¿qué mas se quiere? ¿Que no discrepemos en lo dudoso? ¿Que en lo opinable todos opinemos de idéntica manera?

Eso es imposible; eso no ha sucedido jamás; eso no puede suceder. Y quizás, sin meternos en honduras y hablando, como suele decirse, de tejas abajo, eso no es conveniente. Si en cierto sentido, decía San Agustín que convenía que hubiese heregias, ¿no ha de poder decirse que conviene que en lo opinable haya diversidad de opiniones? Lo opinable, ¿es por ventura lo infalible?

Y no siendo infalible, ¿no conviene que haya variedad de pareceres, para que por las razones que se expongan al sustentarlos, llegue a conocerse dónde está la verdadera razón?

Precisamente esta hermosísima variedad dentro de la unidad, es uno de los grandes caracteres de las obras de Dios.

Discurriríamos otro día acerca de este asunto que es fecundísimo y nos daría margen a tratar de las cuestiones que traemos entre manos.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

CORREO DE HOY.

DISCURSO DE MR. THIERS.

Mr. THIERS: Señores, acabo de escuchar al señor ministro de Negocios Extranjeros con toda la atención que exigen sus elevadas funciones y la gravedad del objeto. Hubiera deseado encontrar en sus palabras, no solamente la afirmación neta y precisa de los grandes principios que aquí se cuestionan, sino también la indicación de una política clara, neta, decisiva. Dichoso yo si no tuviera mas que dar mi voto y me viera dispensado de reclamar vuestra atención en este momento.

Pero la política que nosotros tenemos derecho de exigir no ha sido ni aun indicada siquiera. (Movimientos diversos.) Si todavía se pudiese pronunciar la palabra reconciliación entre Italia y el Pontificado, comprendería el lenguaje usado por el ministro de Negocios extranjeros; ¿pero es posible hoy?

Hace algunos años, cuando el papa había perdido las legaciones y las Marcas, pero conservando aún la Umbria, hubiera yo comprendido la posibilidad de una transacción.

Pero hoy, cuando ya no le queda mas que Roma, y cuando Italia desea a Roma; hoy, entre el Papa y los os dice: Yo no puedo existir sin Roma, ¿os dice: Yo no puedo constituirme sin Roma, ¿cuál es, os lo preguntaré eternamente, el medio de transacción que cabe? (Eso es!)

Se habla de una conferencia; pero antes de reunirlos, Europa entera os dirigirá la pregunta que yo os dirijo: ¿Qué queréis? (Viva aprobación en varios bancos.)

M. JULIO FAYRE:—No lo saben.

M. ROCHER, ministro de Estado:—Vosotros lo sabéis demasiado.

MR. THIERS: El Sr. Ministro de Negocios extranjeros no ha podido ni haceros entrever un arreglo; pero si, menos amigo del disimulo diplomático (risas), el Sr. Ministro de Estado que me ha interrumpido, puede manifestaros ese medio de salvación, estoy pronto a bajarme de esta tribuna y a escucharlo.

Señores, digamos la verdad: ya no tenemos política. Había una, mala es verdad, cuando nos hacíamos los propagandistas de esas falsas ideas de nacionalidad que nos han puesto en la situación en que estamos. Pero ahora no tenemos ninguna.

Después de una crisis que ha descubierto los peligros del actual estado de cosas, hemos pensado que era el momento oportuno de convocar las Potencias europeas a esta conferencia, propuesta por la misma Italia.

Voy a versar lo que el doble objeto de establecer los principios en esta cuestión, e indicar la única política que, según mis convicciones, debe seguir el Gobierno.

Italia os dice: hay una nación independiente. Yo me he constituido y vosotros habéis consentido en ello. Ahora intervinis en mi territorio por un motivo religioso; pues violáis mi derecho. Por su parte el Papa os dice: En nombre del honor os habéis comprometido conmigo y con los católicos (Movimientos de adhesión).

Ahora bien, ¿tiene algún fundamento Italia para hablar como habla? Hé aquí mi opinión. Francia, en esta cuestión, tiene todos los derechos respecto de Italia, y los más grandes deberes respecto del Pontificado. (Muy bien, muy bien.) Mis opiniones en esta materia os son bien conocidas, señores; las he expresado no solo a posteriori, sino hace cuatro años, al entrar en este recinto; y hace veintiseis años, cuando yo escribía sobre los orígenes de esta cuestión; y al día siguiente de Novara, cuando miembro de una Asamblea soberana, en que frecuentemente tenía yo que defender lo que entonces se llamaba la causa del orden, tuve el honor de ser llamado cerca del presidente de la república. Jamás ha variado en estos puntos que yo considero independientes de toda convicción religiosa. No crea uno mismo, voluntariamente y en su frontera, un Estado de 25 millones de habitantes. (Muy bien, en varios bancos.)

Al cometer semejante falta, no se hace ni el bien de Italia, ni el de Francia, ni el de Europa.

Había una manera fácil de ejercitar la actividad italiana; era permitir a cada Estado constituirse libremente.

El Rey de Nápoles, que no tenía más culpa que la de suceder a su padre, ofrecía a sus súbditos una Constitución liberal, la más liberal de cuantas funcionaban hoy día.

El gran duque de Toscana llamaba cerca de sí al marqués de Lejatico, de la ilustre casa de los Corsini, para formar un Gabinete y dar a sus Estados una Constitución conforme a sus deseos. Nada, pues, era más fácil que crear en Italia Estados libres e independientes.

Otro campo se abría además a la actividad italiana. Se quería constituir a Italia bajo la forma de una confederación. Pues bien; cada uno se hubiera hecho allí su lugar. Así es como se ha constituido una de las naciones más respetables del mundo, la nación suiza.

Pero no: añosos por la unidad, Italia se ha constituido en una sola monarquía, a costa suya y de los otros. Tenía que tropezar necesariamente con la inmensa dificultad de tener que establecer un acuerdo entre diversos Estados, naturalmente antipáticos.

Esta dificultad no la ha vencido todavía, y temo, no por nosotros, sino por ella, que no la vencerá jamás. Pero no era esto todo. Era preciso aunar las grandes cargas de una gran monarquía, y vosotros sabéis si Italia ha vencido de las dificultades financieras.

Pero al mismo tiempo que se creaba este gran embarazo al crear esa gran monarquía, esta iba también a convertirse, en su calidad de gran monarquía, en un agente perturbador de Europa; en instrumento de la revolución de 1866, es decir, de la más grande revolución moral de los tiempos modernos. (Aprobación en varios bancos.)

Añado: los Gobiernos pueden hacer locuras; pero

no hay otra mayor que la de comprometerse en una cuestión religiosa. (Nueva aprobación.)

He aquí las razones que me han movido a reprobar siempre lo que se ha hecho, y esto con una sinceridad tal, que me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

La política del Gobierno ha sido justificada por el éxito? No se halla el Papa en una situación desesperada? Le habéis socorrido, es cierto; pero ya, por lo que sé, me he separado en esta cuestión de los colegas con quienes defiendo la libertad. Seguramente, no me era dado hacer mayor sacrificio.

¿Respetaréis a los príncipes italianos, Toscana, Nápoles y al Papa? Esos príncipes, que dan a Italia tantos derechos, y que tan pocos reservan a Francia, ¿piensan que si en aquel tiempo se hubiese habido en estos términos en Italia, se habría sido exigente y se hubiera aquella resistido mucho? No, estad seguro de esto.

Francia, pues, podía contar la ambición de la casa de Saboya e impedir la constitución, es decir, la absorción de Italia por Cerdeña. Suponiendo que Francia no tuvo derecho para impedirlo; ¿no lo tuvo, al menos, para abstenerse de hacerlo? Nosotros seguramente tenemos el derecho de no hacer la Italia. Si se hubiese tenido esta convicción, se habría seguido una política más explícita, más resuelta y sobre todo más conforme a los intereses de Francia. (¡Muy bien, muy bien!)

Pero se me dirá, y este es el punto principal de la cuestión: ¿Corriente: hemos cometido una falta, pero ya está cometida; Italia es una potencia independiente, el hecho está consumado; ¿para qué, pues, intervenir ahora? Ya no tenemos derecho. Sin duda es preciso intervenir lo menos posible y solo en casos extraordinarios. Pero si nuestra última intervención contra Italia es un horror, ¿cómo calificaremos el acto de Francia bajando a la Lombardia con 150,000 hombres para defender a Italia contra Austria? ¿No es esta también una intervención? (Movimiento.)

Se dirá acaso que aquello era un hecho de guerra, y que Francia había en interés propio la guerra a Austria. ¿Qué! ¿en nuestro interés? ¿Era acaso interés nuestro debilitar a Austria hasta el punto de que no haya podido resistir a Prusia? Hace ya siglos que nosotros no habíamos desconocido hasta tal punto nuestros intereses.

Pero ¿se nos ha dado a Niza y Saboya! Aunque se nos hubiese ofrecido a Italia entrar habría contestado: «No, no admito el funesto presente, por que una sana política vale más que reinos. En todo caso, parece que la intervención, que es un horror cuando se dirige contra Italia, se convierte en una virtud si se hace en favor de Italia.

Pero si la guerra de 1859 no era simplemente una intervención, sería un caso de intervención bien clara. ¿Qué ha pasado después de la emancipación de Italia? Nosotros la quisimos federal y se ha constituido unitaria. ¿Y por qué procedimiento? Es sabido. Cada vez que la casa de Saboya destronaba a un príncipe, Francia se quejaba, pero dejaba obrar; Europa asistía indignada y no había notado nuestra falta. Mas tarde la ha visto y entonces ha favorecido y reconocido la unidad de Italia. Pero por de pronto estaba indignada. No sólo se destronaba a los príncipes, sino que se desconocía su propiedad particular. Mr. Bismark no ha sido seguramente más respetuoso con los pequeños Estados, pero conserva al menos la propiedad privada y ha restituido a los príncipes de Hannover y de Nassau sus bienes de fortuna. Italia, por el contrario, no ha respetado siquiera ni la fortuna privada de aquellos a quienes destronaba.

Si allí había alguna potencia que viese esto con temor, era Austria. ¿Y quién sino Francia le impidió que interviniera? Y este apoyo dado a Italia, ¿no es una intervención? ¿Y no se ha destronado a esos príncipes reales y no se ha constituido la Italia al amparo de esa intervención? ¿Y cuando defendemos los últimos restos del Estado Pontificio, se nos echa en cara que intervinimos en favor del despojado, y se llama cuando intervinimos en pro del despojado! (Viva aprobación.)

Ma. THÜRS. Me alarmarían mucho los resultados de este debate, si no estuviese de acuerdo con el ministro de Estado.

EL MINISTRO DE ESTADO: Teneis razón. La expedición de Roma ha sido una intervención contra una intervención odiosa, y para contrarrestarla. (Vivos aplausos.)

Ma. THÜRS. Sería feliz al fin de este debate nos halláramos de acuerdo en todo.

No me resta más que sacar las consecuencias de esta gran verdad que el ministro de Estado acaba de reconocer. Ahora bien; yo digo que es extraño, después de haber intervenido por librar a Italia de la dominación de Austria y por protegerla cuando destronó los príncipes italianos, osar decir que no podemos intervenir en favor del último de estos príncipes. Permitásemos dar a la intervención de Francia en Italia su verdadero nombre.

Cuando la casa de Saboya tomó la Toscana, digámos: mal, muy mal. Mas dejásemos hacer como si estas palabras: mal, muy mal, hubieran significado: bien, muy bien. (Risas.)

Esto no bastaba. La casa de Saboya necesitaba a Nápoles y Sicilia. El general Garibaldi reúne un millar de partidarios suyos y se embarca públicamente en Génova. Y entonces se establece entre él y la casa de Saboya lo que yo no llamaré un concierto, sino un acuerdo instintivo. (Risas.)

El general Garibaldi, con peligro de su vida y de la de sus amigos, se propone conquistar reinos para la casa de Saboya. Si no triunfa, se le deseará; si se hace más, se le prenda. Se crea un príncipe especial para la isla de Caprera; si Garibaldi sale mal se le conduce a Caprera; si sale bien, y conquista nuevos reinos, se le dice: ¡No! ¡No! Vos sois la revolución, vuestra presa no es la mía. (Risas.)

Esto hace honor al patriotismo, y yo podría decir, a la inocencia del general Garibaldi.

¿Garibaldi! Si yo tuviera la audacia de hacer aquí un paralelo poco digno de este gran debate, diría que la casa de Saboya caza al halcón con el general Garibaldi. (Aplausos y risas.)

Tal ha sido durante cuatro o cinco años la política de Italia.

El general Garibaldi le ha dado Nápoles y Sicilia. Nosotros digámos: ¡muy mal! Se nos ha respondido: «Si, mas no se puede dejar esta presa a la revolución.» En seguida se tomaron la Rumania y las Marcas por el mismo procedimiento; era necesario, se decía, unir el Mediodía de Italia con el Norte. Después se entró en la Hungría. Pero, entonces, un general francés reunió en torno de sí algunos jóvenes que no eran mercenarios, como aquí se dijo ayer (¡muy bien!). No se es mercenario cuando se obra por un fin ardiente. Yo oía decir ayer a M. Bethmont: «Estos son mercenarios convictos.» He aquí la palabra.

Cuando se está convencido, no es uno mercenario. (Nueva adhesión.) El general Lamoricière, ese hombre que unía a un ánimo levantado un carácter heroico, marcha con sus bravos voluntarios a defender la Hungría. Se les llama mercenarios, se acosa a tan bravos jóvenes; este débil batallón resiste a todo un ejército durante algunas horas. Aquello debía al menos herirlos. Se dijo: ¡Seal! Solamente esta vez hay un poco más de descontento; se llama nuestro embajador. Mas bien pronto M. de Cavour muere. Se dice: Ante este gran duelo, no podemos tener a nuestro embajador en París, y se le vuelve a enviar a Italia.

He aquí lo sucedido. Si Italia no toma vuestras palabras al pie de la letra, es preciso reconocer que la habéis autorizado con vuestra conducta.

Ya no queda al Papa más que Roma y el pequeño territorio comprendido entre Terracina y Viterbo, que es el que ha poseído hasta hoy. Nosotros hemos dicho a la casa de Saboya: «¡Párate, y dejámos vuestras tropas en Roma.

Mas las elecciones italianas se acercaban. A ruegos del Gobierno italiano consentimos en retirar nuestras tropas. Italia se compromete no solamente a no invadir y trasladar, para darnos mas garantías, su capital a Florencia. Recordad que es dije entonces: «Este Convenio no es una garantía para el Papa, es un embudo para vosotros, y para la casa de Saboya, es una debilidad.» ¿Tenía o no razón?

La intervención de hoy no es mas que un límite a la larga intervención ejercida durante nueve años en provecho de Italia. (Eso es.)

Se nos replica que de qué derecho hemos usado. Se dice que todos los derechos están por Italia. Se protesta contra tal aserción. Cuando se ha apoyado

uno sobre un derecho tan evidente como el nuestro ¿por qué no hablar netamente, con franqueza? ¿Quién atreva esto entonces? (Viva aprobación en varios bancos.)

El príncipe que posee este pequeño Estado, queda solo independiente en Italia, ¿quién es? ¡El jefe del catolicismo! La cuestión es inmensa. Yo trataré de deshacer lo que se llama incontestable.

¿Es verdad que la Francia del 89 comete una in-consecuencia interviniendo en Roma por una cuestión religiosa? Esto sería grave. Mas yo creo que, lejos de faltar a los principios del 89, no hacemos otra cosa que aplicarlos en todo su vigor. (Aprobación.) Si, nosotros cumplimos así un deber estricto, fundado en el principio de la libertad de conciencia.

Para mí, desde el punto de vista del legislador, todos los cultos son iguales, respeto todos igualmente, no reconozco a ninguno de ellos derechos que no tenga otro. Ahora bien, de esta igualdad, os voy a deducir la obligación de hacer lo que nosotros hemos hecho.

El primer deber de todo Gobierno es proporcionar al pueblo la satisfacción de sus necesidades materiales. Después viene la instrucción científica y moral; mas para dar mayor autoridad a las ideas morales, es preciso darlas una sanción elevada, y por lo tanto se las ha puesto bajo la protección de las ideas religiosas. Esta es la práctica de todos los pueblos y de todos los Gobiernos sensatos y honrados.

De aquí resulta el deber para todo Gobierno, no sólo de respetar, sino de favorecer todos los cultos, porque así dará el mayor apoyo posible a la instrucción moral.

Así, cuando una nación se ve obligada a hacer una conquista, si los conquistadores son sensatos, comienzan declarando que respetarán las costumbres y cultos del país conquistado.

Por eso Federico el Grande, que ciertamente no era un devoto, sino un hombre de gran entendimiento, respondió al Papa Clemente XIV, cuando este abolió la Orden de los Jesuitas como peligrosa para la tranquilidad de Europa: «Yo encontré a los jesuitas establecidos en la Silesia cuando la conquisté, y yo di mi palabra de que los institutos religiosos quedarían en el estado en que los hallé. Conservaré pues los Jesuitas.»

Los católicos dicen: «Para la tranquilidad de nuestra conciencia, queremos la unidad de fe: es preciso que esta fe se mantenga por la Iglesia, cuyo jefe necesita la independencia de un Soberano temporal.

Yo me inclino ante los católicos y les digo: «Vosotros entendéis así vuestro culto, yo lo respeto y os protejo.» Pues bien; esto es todo cuanto yo pido, como vais a verlo. ¿Qué se nos dice? Para el Papa la corona es una carga que le desvía de las ostentaciones religiosas, y yo respondo: «Eso no os importa a vosotros.»

Ma. JULIO FAVRE.—Nosotros pagamos por eso cien millones; luego nos importa.

M. THÜRS. ¿Queréis decir que las cosas irían mejor de otro modo? Pues así violáis el principio que habéis establecido, entrando en la cuestión de la constitución del gobierno de cada culto.

Yo creo que hay razón para que el Papa sea soberano, y que los católicos son en esto mis amigos de la verdad que sus adversarios. Poner al jefe de la Religión en el mismo territorio que el jefe temporal, es comprometer, en efecto, la libertad de la Religión.

Veo a Inglaterra, donde la Reina es, permitásemelo decir, Papisa: han ocurrido disidencias numerosas, alarmantes, que han de decidirse por la Reina o por el Parlamento. ¿No es esto absurdo?

Yo considero este principio como inconcuso: cada culto debe ser aceptado tal como es. Mi amigo Julio Simon nos decía, que la constitución civil del Clero era absurda. Tenía razón. Pero, ¿no queréis vosotros que cometamos la misma falta?

Pero se dice, nosotros respetamos la fe, no su organización, y ya os contesto que el mismo derecho tenéis para tocar a la una que a la otra. En este terreno soy inexpugnable.

EMILIO OLLIVIER.—O no.

M. THÜRS.—Ya no contestaréis y lo veremos. Yo añado que no hay una sola nación que no defienda su culto nacional. ¿Cómo, ese culto que ha tenido a la nación en sus brazos durante doce siglos, sería desechado por ella?

El ha inspirado sus artes, sostenido sus soldados, conducido su bandera, ¡y se le trataría como a un extraño! Yo, que vivo en medio de filósofos, que no soy el apóstol del Syllabus, con mis estudios, mi vida y mis opiniones, yo soy sensible al culto nacional. (Muy bien.) Para no serlo, era preciso no participar del alma de la nación en la cual uno ha nacido. (Nueva aprobación.) Pero hay aquí más que el sentimiento nacional, hay un grande interés nacional. Inglaterra cubre el mundo de misioneros y los protege: Rusia ha convertido toda su política de Oriente en política religiosa. Pues bien; el mundo se resistirá a creer que Francia, que podía ser la protectora de doscientos millones de católicos, no ha querido serlo. (Aplausos.)

¡Ah! yo comprendo la cólera de Voltaire, de ese Voltaire a quien admiro; pero hoy Voltaire mismo se avergonzaría de atacar a un culto. ¿Y no es notorio que en esta cuestión hay un culto a quien se ataca? (Movimientos diversos.) Si, tal sería el aspecto de la política francesa sin el acto que yo solicito del Gobierno.

El mundo diría: Francia ha destruido el Pontificado (es cierto). ¿Y a quién se había de echar la responsabilidad de semejante revolución? Si, Francia sería culpable de este grande atentado a la libertad de cultos.

Pero se dice: Italia protegerá al Pontificado. Yo prefiero verlo protegido por los que no piensan en tomar al Papa su territorio; a verlo protegido por los que aspiran a despojar al Papa (Muy bien.) Se dice que habla mal de nosotros. Y ¿cómo hablamos nosotros de él? (Risas.)

Llegó a mi conclusión: tenemos todos los derechos respecto a Italia: nosotros la hemos hecho, nosotros la hemos permitido arrojar a los príncipes italianos, solo se lo hemos prohibido respecto de uno y estamos en nuestro derecho. No pido que se aune una cruzada en su favor; pido solamente que se respete el culto nacional que quedará mortalmente herido si no deteneis a Italia. Al detenerla, no haréis más que reparar los daños que habéis hecho al culto católico. Difícil es la conducta que hay que seguir, pero con rectitud y lealtad se sale bien de todo.

Cuando llegaron nuestras tropas a Roma, reinaba allí gran seguridad, y apenas se retiraron, cuando comienzan las amenazas y se dejan ver partidas en la frontera. El venerable anciano que ha esparcido sobre el Pontificado el brillo de sus virtudes, vive entre angustias y ni siquiera tiene los medios de vivir.

La situación de Italia es deplorable, porque allí no hemos hecho a nadie feliz, ni al Papa, ni a Italia, ni a Francia. Habéis creído hacer maravillas con el convenio, pero no habéis puesto al Papa al abrigo del peligro, habéis quitado su fuerza a Italia, trasladando la corona de Turín a Florencia, dejando a Sicilia absolutamente desguada del gobierno, Nápoles dispuesto a la insurrección, Milan estremecido, Turín irritada y todo el mundo dispuesto a romper la unidad italiana.

Y ese desdichado Rey, encerrado en el palacio Pitti, hecho para los Médicis y no para los lobos de Saboya, no atreviéndose a volver a su país nativo, en donde se ha hecho pedazos su estatua, está muy bien castigado por haber aceptado el papel mazziniano de derrocador de tronos. No quisiera añadir una tristeza más a sus tristezas, porque es quizás el único en Italia que no quiere separarse de Francia. Pero al fin ha dicho: «Si no me vais a Roma estoy perdido.»

He aquí, pues, la situación difícil en que os habéis colocado; entre el Papa que no puede vivir

sin Roma y el Rey que no puede reinar sin Roma. Es imposible desconocer el vínculo que une a la cuestión italiana con la romana. Entre Italia y Alemania hay para nosotros un peligro, del que es preciso salir.

En este momento el eminente hombre de Estado que dirige la Prusia es demasiado hábil para no ser moderado. Comprende que la puesta a prueba la paciencia de Francia hace dos años; conoce el ejército francés y quiere la paz. Comprende muy bien que cuando Francia tiene tales deberes en Italia, intervenir contra ella sería atravesar el vituperio del mundo.

¿Por qué creéis que Italia ha hecho como que cedía? Porque estaba convencida de que Prusia no sería en este momento su aliada.

No es preciso, sin embargo, creer fácilmente que Prusia está dispuesta a abandonar sus aliados de Sadowa, y yo no digo que Prusia no intervendría si nosotros enviásemos un ejército a Italia. No pido, pues, que se vaya a deshacer la unidad italiana. Lo que pido es que no nos dejemos engañar por la habilidad italiana.

En Italia hay locos y hay hábiles: los locos son los que dicen: «No suframos la presencia de los franceses en Roma, ni aun en Civita-Vecchia.» Los hábiles dicen: «Devoremos la afrenta que se nos hace; porque impedir que despojen al único príncipe de Italia que no han despojado del todo, llamamos ellos afrenta.

Pero en lugar de desarmar, arman. Ellos esperan, persuadidos de que algún día llegarán circunstancias que les permitan tener aliados, y cuentan, para obtener a Roma, con los que les ha regalado Venecia. (Movimientos diversos.)

Hay, pues, más peligro en la política de embajadas que en la política franca; porque en la primera, si ganais Italia, no es a favor vuestro, sino de Italia. No os digo, lo repito, que destruyáis la unidad de Italia; no, la falta se ha cometido ya; pero confiado en el poder de la franqueza, yo diría a Italia: «No has querido nunca comprenderme; pues bien, hoy voy a ser más claro: en ningún caso dejaré en tus manos al Papa. (Muy bien, muy bien.)

Que yo esté en Roma, en Civita-Vecchia o en Tolón, tén por seguro que en ningún caso, ni por los medios morales, ni por los medios materiales (risas) seréis dueña de Roma. Este acto de franqueza lo motivaría de este modo: yo que no hubiera debido dejarte tomar una parte de los Estados del Papa, no puedo abandonar te demas.

He aquí por qué, he comprometido mis intereses al permitirte que te unieras a Prusia; te he dado derecho para que dudases de mi lealtad al abandonar los diversos estados de Italia; no puedo abandonaros así sin consideración política!

Recordemos la situación de Francia ante el mundo. En Méjico (Movimientos diversos)... En Méjico hemos retirado nuestras tropas para conservar la paz con los Estados Unidos; el año pasado dejamos en Alemania se diese cima a una revolución inmensa contra nosotros. ¿Y hoy habíamos de dejar el Estado pontificio en manos de Italia!

¡Qué! ¡Francia, tan poderosa, tan activa, abandonaría así todas sus posiciones, que por su honra debe conservar! (¡No! ¡no!)

No, en semejante situación, Francia no puede abandonar al Papa. De otro modo se diría, calumniosamente sin duda, pero se diría: «La conducta de Francia con el Papa ha sido una larga perfidia.» Aun cuando fuese la conferencia la que sustanciase este abandono, se diría siempre: «Francia se ha ocultado detrás de Europa para abandonar el Pontificado.»

Pues bien; yo diría a Italia: no puedo abandonar te mi honra.

Ante tal declaración, ante acto semejante, ¿qué potencia podría armar querellas con nosotros? ¿Que Italia sufriría este lenguaje y dejaría al Papa tranquilo, al menos durante algún tiempo, y entonces tendríamos la ventaja del statu quo, o la unidad italiana se arrojaría sobre vuestra espada; y entonces, como el hombre prudente obligado a defenderse contra un loco, os servirais de esa espada para parar los golpes, no para matar. No seriais vosotros los destructores de la unidad italiana, sería la unidad italiana la que se habría suicidado con vuestras armas. (Muy bien.)

El consejo que os doy no es consejo de enemigo. Os lo he dado hace tres años, hace dos años y en el año último. Os lo he dicho siempre y os lo quiero repetir. No podréis salir de la situación crítica en que os encontráis sino por un acto de franqueza y de lealtad, es decir, de buena política (Movimiento prolongado. Aplausos.)

NOTICIAS GENERALES.

Hoy a las doce, según estaba anunciado, se celebra en la Real Capilla la función llamada de los mantos, presidiendo S. M. el capitulo de la Orden de Carlos III.

La Real Academia de San Fernando ha publicado el siguiente programa del concurso para la ejecución de un cuadro que represente la *Conversion de San Pablo*, con destino a la iglesia del colegio y hospicio franciscano de Vascos:

«Artículo 1.º Los artistas que desean tomar parte en el concurso han de ser precisamente españoles.

«Art. 2.º Han de haber sido pensionados por el Gobierno de S. M. en virtud de oposición, o haber obtenido premios de primera, segunda o tercera clase en las exposiciones nacionales de bellas artes.

«Art. 3.º Los aspirantes deberán acreditar oportunamente ante la Academia, que se encuentran en alguno de los casos que expresa la condición anterior.

«Art. 4.º Deberán presentar en esta secretaría, dentro del plazo de dos meses, contados desde la publicación de este anuncio en la *Gaceta*, el boceto pintado al óleo, cuyo tamaño sea de 0,12 metros (cuarenta y dos centímetros) de ancho, por 0,59 metros (cincuenta y nueve centímetros) de alto, incluso el semicírculo en que debe terminar por la parte superior.

«Art. 5.º Los bocetos se marcarán con un lema, el cual se escribirá también en un pliego cerrado y sellado que acompañará a los mismos, y que contendrá dentro el nombre y domicilio del autor.

«Art. 6.º En lugar del marco se les pondrá una varilla de pino de un centímetro de espesor.

«Art. 7.º Después de elegido el boceto por la Academia, se abrirá el pliego que tenga el mismo lema que aquel, a fin de conocer el nombre de su autor, y se quemarán sin abrirlos los demás pliegos, devolviéndose los bocetos a las personas que presenten los recibos que se les habrán dado por la secretaría.

«Art. 8.º El autor del boceto premiado sacará un calco del mismo, que le servirá para la composición del cuadro, quedando aquel depositado en la secretaría.

«Art. 9.º El premio del boceto será la ejecución del cuadro que deberá entregarse dentro del plazo de diez meses.

«Art. 10.º El cuadro, para obtener el premio, deberá merecer, a más de la aprobación de la Academia, la del Gobierno de S. M.

«Art. 11.º La retribución señalada a esta obra consistirá en la cantidad de 5,000 escudos, sin incluir el marco.

«Madrid 29 de Noviembre de 1867.—El secretario general, Eugenio de la Cámara.»

El señor gobernador de la provincia ha dado aviso a los llamados magnetizadores de esta corte para que se abstengan de curar los enfermos.

Los Sres. Nerva y Barzanallana continuaban ayer algo aliviados de sus respectivas indisposiciones.

El Sr. D. Antonio de los Rios Rosas, que

estaba en Valencia, parece que ha salido para Barcelona, donde piensa residir por ahora.

El señor marqués de Pidal ha pedido la correspondiente autorización para publicar una *Revista mensual*, que llevará este título, con carácter político-religioso.

Han sido nombradas las comisiones que han de examinar las Memorias presentadas a la Academia de San Fernando, optando al premio anual. En cada Memoria entenderán cinco personas estudiándolas cada comisionado por sí.

Escriben de Caspe que la reconstrucción de las obras para la canalización del Ebro adelantan con rapidez, y que es probable que para el día 1.º de Enero se encuentre el río navegable, en el trayecto de Escatron a Tortosa, pudiendo recorrerle los vapores, con gran contento de los habitantes de los pueblos de la ribera del Ebro.

En Valladolid se han empezado varias obras públicas, ocupándose en ellas más de ochocientos trabajadores.

Como preparación a la solemne anual-novena que a la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora consagra su real Congregación, se cantará esta noche en la iglesia parroquial de San Pedro, motetes; Letanía y Salve, con acompañamiento de grande orquesta.

Mañana dará principio la pontificia iglesia de los Italianos la novena de la Purísima Concepción. Con este motivo se cantarán a las cuatro y media de la tarde las vísperas propias de este misterio, a las nueve y media de la noche matines y laudes, y a las doce misa solemne con S. D. M., que permanecerá espuesto hasta el día siguiente después de los ejercicios de la noche. Todos los días, concluida la misa mayor, habrá rogativa, rezando devotas oraciones para rogar al Señor por las presentes necesidades de la Santa Sede. Los fieles que asistan tres días por la mañana, o tres noches, a este religioso culto, pueden ganar indulgencia plenaria, confesando y recibiendo la comunión; además les están concedidos siete años y siete cuarentenas de perdón por cada uno de los tres días. Estas rogativas han sido ordenadas por el señor Nuncio en virtud de concesión de Su Santidad para esta iglesia y para todos los fieles.

552 A. P. PRÁCT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS

todos los otros debieron subordinarse, es precisamente la inviolabilidad de la Religión Católica, Apostólica, Romana. En tal estado, pretender, como quieren algunos leguleyos, que la sujeción al Pontífice Romano y a todos los Canones de la Iglesia no pueda conciliarse con el pleno desenvolvimiento de la ley misma, es doctrina tan ilegal en el orden político, como inmunda en el religioso. El restablecimiento, pues, del catolicismo en el Piemonte no solo es fácil, lógicamente hablando, sino que es necesario, habiendo legalmente, y apenas la Providencia concede a aquel pueblo inteligente un ministerio que quiera cumplir lealmente el Estatuto de Carlos Alberto con una Cámara no volterana, ni moderada, sino francamente legal y católica; el catolicismo deberá recobrar, en fuerza misma del Estatuto, sus religiosas influencias, y abolir por consecuencia la independencia intelectual en todo lo que remite a esta de la fe, y la moral católica, reavivando las antiguas ideas de reverencia a la autoridad legítima y de sacrificio al bien público. Entonces no hay quien no vea cómo saldría con esto el gobierno representativo.

1.341. Pensamiento el clero, tanto en el Piemonte como en Bélgica, a que de la cooperación de los electores católicos debe depender el espíritu del Parlamento, y del espíritu del Parlamento el Gobierno de la nación, no solo no podría obstaculizar al cumplimiento de este deber, sino que lo enervaría excitando a las conciencias católicas, sin temor de ser acusado de coacción o seducción. Los electores a su vez comprenderían que en la elección de diputado debían atender, no al triunfo de un partido, y mucho menos al precio de sus sufragios, sino a la probidad del diputado que busque únicamente el orden y la justicia. Los diputados, libres con estos mismos sentimientos, de la torpe esclavitud de las facciones y de las esperanzas de recompensas y de carteras, dejarían a un lado el interés propio, y pondrían los intereses de sus conciudadanos en aquel grado de importancia que les ha designado la justicia católica, posponiéndolos siempre al primero de todos los bienes sociales, que es el completo triunfo del orden y del derecho, magníficamente expresado en aquellas palabras del Redentor: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus*.

553 DE LOS GOBIERNOS LIBERALES.

do en aquellas palabras del Redentor: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus*.

553 DE LOS GOBIERNOS LIBERALES.

do en aquellas palabras del Redentor: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus*.

553 DE LOS GOBIERNOS LIBERALES.

do en aquellas palabras del Redentor: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus*.

553 DE LOS GOBIERNOS LIBERALES.

do en aquellas palabras del Redentor: *Quærite primum regnum Dei et iustitiam ejus*.

554

AP. PRACT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS

pensamiento, podría seguir su propia conciencia, sin otro freno, que aquel que voluntariamente se impusiera por la fe y moral católicos, legítimamente declaradas por aquella autoridad, en cuyas manos se depositan hasta los mas profundos secretos de la conciencia.

1.542. Que en una sociedad tal, el Gobierno representativo pueda afirmarse y prosperar, ¿quién podrá negarlo? Podrá al- guito echarme en cara que he trazado aquí una novela, la cual no podrá realizarse ínterin los hombres no se transfor- men en ángeles, y los Estados muertos en aquella vivísima ley de gracia que penetra el frágil barro de la corrupta herencia de Adán, y mientras impone el precepto, da la fuerza para cumplirlo.

Y si me argumentase de este modo alguno de los *oscuran- tistas retrógrados*, que hacen la guerra al Estado, poco me importaría de mi defensa, dejándola a cargo de los católicos li- berales. Mas si el ataque procediera de aquellos que quieren sostener el Estado hostilizando al catolicismo: ¡pómon! les res- pondería jugando la posibilidad de esta sociedad tan feliz bajo la influencia del catolicismo, cuyo espíritu es todo obediencia y amor, y después lo colocais bajo la influencia y auspicios del principio heterodoxo, que es todo *independencia é interés*? ¿No veis que si lo que yo digo es una novela, lo que vosotros decís es un absurdo? ¿que, si mis esperanzas son exageradas, las vuestras son contradictorias?

1.543. Pero lo cierto es que sin andarse en novelas ni contar en milagros, podemos asegurar que los principios poco ó mucho, influyen siempre en la conducta de la muchedum- bre como he dicho antes; y si no producen todo su efecto natu- ral por la mal disposición de la materia a que se aplican, mu- chos fallan del todo si esta materia no está anteriormente pre- parada como lo estaría para nuestro caso un pueblo decidi- damente voluntario y epistolar. Para contrariar nuestra res- puesta levantan la voz todos los documentos de la historia.

1.544. Al mostrarnos reciosos de los utópicos y optimis- tas que sueñan con un pueblo de héroes católicos, no caiga- mos en la novela de los pesimistas que sueñan con un pueblo

recto, sin los cuales no puede subsistir el gobierno parlamen- tario; que lo que forma la fuerza y duración del Gobierno in- glés, es precisamente lo que este Gobierno ha conservado de la Edad Media; que Austria pueda tener un Gobierno templa- do sin régimen representativo, porque conserva la tradición de sus antiguas provincias, que el haberla destruido en Fran- cia, fue un delito y un error el no haberla restablecido en 1814; que la imposibilidad de garantías naturales nace del desengranamiento universal de la sociedad por el individualis- mo protestante; que cuando este espíritu penetra en un Go- bierno, sea de Camarás ó absoluto, siempre la Iglesia será perseguida; que el espíritu con que nacieron y crecieron las garantías políticas de la Edad Media, fue el catolicismo; que en aquella edad, clero, nobleza, municipios, gremios, privile- gios y usanzas tradicionales eran los contrapesos de la autori- dad, que hacían imposible el absolutismo. Y por cierto que para probar esta proposición, cita un hecho que confirma ad- mitablemente la fuerza de tales temperamentos, comparada con las garantías de la *moderna*. Un edicto de Luis XIV des- pojaba a una antigua confradía de la administración de sus rentas: reclamaban los cofrades, entaban un pleito, y dos veces lo ganan contra dos Reyes absolutos. Por el con- trario, en el Piamonte dos confrades son despojados, recla- man, y los ministros responsables les dejan girar sin hacer- las caso.

Así discurre aquel católico y valeroso publicista, tan alcio- nado a las Constituciones y tan experimentado en conocer sus pretensas y defectos. Anadid al valor de quien así habla el si- lencio de los periodistas piamonteses y las amenazas del *Ca- mero*, que amaga sin dar, y varía si hemos tenido razón de reconocer en esta especie de sufragio un testimonio evidente en favor de estas páginas que se han paseado como invulnera- bles bajo las bayonetas enemigas.

No es nuestro el mérito de esta victoria, sino de la causa por nosotros defendida; no es valor de ingenio ó de pluma, sino todo fuerza de la verdad. Y cuanto mas impetuosos se muestren nuestros impugnadores en combatir nuestro escrito,

558

AP. PRACT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS

Escritas estas palabras, vino á ofrecernos nuevos y mas gallardos argumentos, el reciente opusculo del esclaeci- do y católico Montalembert, publicado expresamente en de- fensa de los gobiernos representativos, y oportunismo para demostrar lo que muchos veces hemos protestado, á saber, que nosotros somos contrarios a la heterodoxia de los libe- rales, no á las formas representativas. ¿En qué se funda el conde de Montalembert para justificar estos gobiernos? Preci- samente en las mismas razones con que nosotros intentamos describir y vilipendiar la heterodoxia que en ellos se ha querido introducir con esta sola diferencia: que escribiendo el contra- rio, se burlan de los gobiernos representativos en gene- ral, desplega toda su fuerza mostrando que esta forma de go- bierno es por sí buena, sino que está falsada por haberse abolido toda la antigua tradición; y nosotros, por el contra- rio, escribiendo contra aquellos que proclamaban como *única* una forma que por sí es buena y la proclamaban precisamente porque ha abolido todo elemento tradicional, hemos debido principalmente insistir sobre los vicios con que esta abolición introdujo instituciones por sí no reprochables. Exceptuando esta diversidad de ataque, derivada de la diversa posición de los adversarios, nosotros vemos en Montalembert, si no identi- dad, ciertamente gran semejanza de sus sentimientos y los nuestros, en cuanto él como nosotros declara que no juzga que el gobierno representativo es panacea universal (y hasta no lo juzga conveniente en Italia); que el sufragio universal, lejos de ser un derecho de los pueblos, es el mayor peligro de la libertad; que la revolución no se vence solo con provi- dencias políticas, sino combatiendo el racionalismo con la libre acción de la verdad y del bien; que todo vituperio es poco para aquellos falsantes representativos que con sus injurias á la Iglesia destruyen tanto á la Iglesia, como á la Italia y á la li- bertad; que la revolución de julio pervirtió la Constitución francesa, menoscabando el principio de autoridad. Y por con- siguiente la verdadera libertad, que la Inglaterra es fuerte, porque ha salvado su aristocracia, respetado los derechos an- tiguos y se ha rolando de sentimientos de sabiduría y de de-

católico compuesto de demonios; con un pueblo que abraza un principio de perfección suma, y abre luego al revés del principio que abrazó. Esta última novela sería tanto peor que la primera, cuanto es peor abandonar toda esperanza de bien y caer en la inercia, que confiar demasiado y ver en parte frustradas las esperanzas.

Un Gobierno representativo, bajo las influencias católicas, no abre de nuevo al pueblo aquel edén prometido por los utopistas, quienes sin duda no recuerdan que á su puerta ros- plandee la inexorable espada del ángel vengador; mas podrá conseguir en parte con la ayuda de la conciencia aquellas mejoras racionales que de su establecido organismo se pro- meten estupidamente los heterodoxos por pura fuerza del interés; y si con la división de los poderes viene debilidad la benéfica energía de la unidad política, podría suplirse con la unidad moral de la fe y de la conciencia católica, mientras la división de los poderes, y sobre todo la represen- tación de las necesidades, podría hacer que el Gobierno fuese mas activo y solícito en conocer y satisfacer los deseos de la nación.

1.545. ¿Qué os parece, lectores? ¿No halláis demostrando, que una vez *reprimida la verdadera causa de la corrupción social*, como queda explicado, los principios constitucionales hallaban abierto el camino para llegar á una verdadera reg- nación social?

La autora de esperanza que pareció brillar un momento en el Piamonte no nos promete hasta ahora un solo día sereno. Mas si los diputados, senadores y ministros, tuvieran en cuenta los ver- daderos sentimientos del Piamonte y con los argumentos con que les demostramos la justicia, intentarían un movimiento católico y terminarían la iniciada guerra que sus asesores hicieron á la Iglesia, aun quizás podrían sanear sus inestables institucio- nes, y llenándolas de vitalidad católica podrían transmitirnos con tanta gloria para ellos, incógnitos y florecientes á las gene- raciones venideras, dando fin á toda lucha contra los ciudadanos católicos, contra las naciones vecinas, contra la Iglesia inmor- tal de Cristo, contra la misma naturaleza invencible; lucha

del paganismo tanto antiguo como nuevo. Preguntar, pues, si Bélgica y el Piamonte pueden necesitar este doble espíritu, sig- nifica tanto como preguntar, si podrán resucitar el catolicismo. A cuya pregunta podríamos dar una respuesta dolorosa, y es, que si bien el hombre puede perder por sí mismo los dones celestiales, no puede recobrarlos por sí, si no supiésemos que en aquella gente, gracias á Dios, no solo está vivo, sino que tal vez enforzavido por las persecuciones el espíritu cató- co. He aquí por qué no sería la obra de aquellos Gobiernos la de hacer revivir á un muerto, sino la de vencer los obstácu- los que quitan al vivo la libertad de acción.

1.539. Estos obstáculos se evitan en las sociedades civiles de diferente manera que en la Iglesia. Esta, teniendo como tiene, el derecho primeramente sobre el individuo y sobre la muchedumbres que de los individuos se forman, dirige á estos sus primeros cuidados, informándolos con la fe y con la cari- dad en obsequio de la razón y en sacrificio de los intereses. La sociedad pública al contrario, no teniendo acción sobre la conciencia del individuo, sino mediante las instituciones so- ciales, debe excluir de estas todo elemento de heterodoxia, si quiere que el espíritu católico se desenvuelva con plena li- bertad.

1.540. Para esta empresa se hallaría el Piamonte en me- jores condiciones que Bélgica, por el origen mismo de sus res- pectivos Estatutos. El primero nació de la voluntad católica de un Monarca legítimamente absoluto, y que por consue- cia pudo escribir al frente de aquel Estatuto, que el supremo deber de los gobernantes no menos que de los súbditos, es la inviolabilidad del catolicismo; pero el Estatuto belga, na- cido del forzado consorcio de los intereses católicos con los intereses de los liberales, conspirando los unos y los otros á librarse del protestantismo holandés, debió fundarse sobre una absoluta libertad, la cual es, como dice el Sr. París, el único que deseó de la Iglesia en los gobiernos no católicos. En el Pia- monte el artículo primero de la ley fundamental, el único que fué escrito de puño y letra del legislador, como aquel á quien

tor heterodoxo hacia la asociación católica.—697. Á despecto del estatuto.—698. Horror á todo vínculo de derecho.—699. Disuade la familia.—700, y hasta al individuo.

II. *Abolición de la unidad moral.*—700. No representa la unidad moral.—702. Como lo ha- ría el Catolicismo.—703. porque es moralmente uno.—704. Ejemplo de representación en el bautismo.—705. falsada sacrilegamente por el rito protestante.—706, mucho más en la sociedad protestante.—707. donde uno supone muchos.—708. sin saber lo que pica- san.—709, sin poderio racionalmente sostener.—710. haciendo leyes al acaso.—711. que no representan la nación.—712. muy dividida en sus intentos.—713. tal vez contrarios.—714. Esta casualidad es notoria.—715. Epilogo de la no representación moral.

§ IV. *Organismo ficticio.*—716. Necesidad de nuevo organismo.—717. desechada toda memoria de lo antiguo.—718. sustituida con par- tidos políticos.—719. que luchan perpetuamente.—720. ó con sectas secretas.—721. funestísimas.—722. justificadas por el principio.—723. y por lo tanto, in- expugnables.

§ V. *A cosas nuevas, hombres nuevos.*—724. Este afriano.—725. es consecuencia necesaria.—726. su iniquidad.—727. fundada en la centralización.—728. acerbada por la heterodoxia.—729. compele á dilapidar.—730. con gastos perpetuos.—731. Objeción.—732. Respuesta.—733. En las revueltas antiguas so- brevivía el principio de orden.

§ VI. *Conclusion.*—734. La representación moderna no representa.—735. encierra la triple mentira de *sujeito, de delegación y de objeto*.—736. Nos en fuerza de las instituciones.—737. Por eso no puede dañar.—738. si no neutralizada por el Catolicismo.—739. que podría quitarla su ma- licia.—740. entendidosos con verdad.—741. y apli- cándose lealmente.

CAP. III. *La legislación.*—742. Epilogo del capítulo precedente y proposición.

§ I. Epilogo.—743. Proposición.

La ley.—744. Es el objeto de los legisladores.—745. que orde- nan según la razón.—746. un fin en sí mismo.—747. al cual debe proporcionalarse.—748. Este fin es la felicidad.—749. la que ha de conseguirse con la justicia.—750. del orden exterior.—751. por otra del supremo gobernante.—752. Condiciones de toda ley.—753. Objeto del legis- lador.—754. Problema del publicista.—755. Formar legisladores sin ideas sistemáticas.

§ III. *El organismo legislativo con relación á la utilidad.*—756. Supongo destruida toda autoridad.—757. El le- gislador debe conocer la necesidad.—758. Correspon- de á los necesitados el advertirlos.—759. Bien sosten- idos.—760. como un día entre los católicos.—761. pero preservados de los excesos.—762. La Constitución no es siempre necesaria para advertir las necesidades; no es siempre necesaria para oír las voces del pueblo por medio de empleados no elegidos por el vulgo.—763 y estos fatigados á su deber.

§ IV. *Organismo legislativo en orden al bien conveniente.*—764. El organismo no es el mérito.—765. La ley debe con- venir á la enfermedad social.—767. y á la sociedad enferma.—768. El vulgo llamado á este menester por los sofistas.—769 es incapaz.—770.—Para conocer lo conveniente se requiere ciencia y experiencia.—771. doles que pocos tienen.—772. Cómo se han de for- mar y ser apreciados.—773.—Descuido de los libe- rales en esta materia.

§ V. *Organismo legislativo en orden al bien honesto.*—774. La honestidad es requisito previo.—775. Debe ser representada por quien es competente para co- nocerla.—776. Digan lo que quieran los liberales.—777 Para los católicos la Iglesia es la competente.—778. institución orgánica.—779. Reguladora de la moral pública.

VI. *Coordinación de los órganos.*—780. Distinción de los órganos.—781. se repite por el objeto de la función.—782. entre los católicos solo la Iglesia da seguridad.—783. por naturaleza el político no debe juzgar de lo honesto.—784. la Iglesia acu- sada injustamente.—785. independencia nuestra en

555

AP. PRACT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS

550

dres y en los desolados campos solitarios de Irlanda; con un pueblo que abraza un principio de perfección suma, y abre luego al revés del principio que abrazó. Esta última novela sería tanto peor que la primera, cuanto es peor abandonar toda esperanza de bien y caer en la inercia, que confiar demasiado y ver en parte frustradas las esperanzas.

Un Gobierno representativo, bajo las influencias católicas, no abre de nuevo al pueblo aquel edén prometido por los utopistas, quienes sin duda no recuerdan que á su puerta ros- plandee la inexorable espada del ángel vengador; mas podrá conseguir en parte con la ayuda de la conciencia aquellas mejoras racionales que de su establecido organismo se pro- meten estupidamente los heterodoxos por pura fuerza del interés; y si con la división de los poderes viene debilidad la benéfica energía de la unidad política, podría suplirse con la unidad moral de la fe y de la conciencia católica, mientras la división de los poderes, y sobre todo la represen- tación de las necesidades, podría hacer que el Gobierno fuese mas activo y solícito en conocer y satisfacer los deseos de la nación.

1.545. ¿Qué os parece, lectores? ¿No halláis demostrando, que una vez *reprimida la verdadera causa de la corrupción social*, como queda explicado, los principios constitucionales hallaban abierto el camino para llegar á una verdadera reg- nación social?

La autora de esperanza que pareció brillar un momento en el Piamonte no nos promete hasta ahora un solo día sereno. Mas si los diputados, senadores y ministros, tuvieran en cuenta los ver- daderos sentimientos del Piamonte y con los argumentos con que les demostramos la justicia, intentarían un movimiento católico y terminarían la iniciada guerra que sus asesores hicieron á la Iglesia, aun quizás podrían sanear sus inestables institucio- nes, y llenándolas de vitalidad católica podrían transmitirnos con tanta gloria para ellos, incógnitos y florecientes á las gene- raciones venideras, dando fin á toda lucha contra los ciudadanos católicos, contra las naciones vecinas, contra la Iglesia inmor- tal de Cristo, contra la misma naturaleza invencible; lucha